

Tras las metamorfosis de la patria común: el concepto de identidad nacional en Italia durante el siglo XX

ENVIADO POR EL EDITOR EL MAR, 12/09/2014 - 11:24

Giovanni de Luna

Entendidos como “objetos” de la investigación histórica, los conceptos o categorías como “patria”, “nación”, “identidad nacional” son con frecuencia desmontados en compartimentos estancos y fragmentados según una multiplicidad de aspectos que con frecuencia, como su única legitimación, tienen el diferente ámbito disciplinario en cuyo interior se articulan los recorridos cognoscitivos desarrollados en cada ocasión. La trituración, que en la investigación sucede a partir de un “objeto” tan típicamente global, es el signo de cómo la identidad profunda de una nación tiende a apartarse del conocimiento histórico, escondido en la sectorialidad de los enfoques. ¿Es posible forzar esta cortina en la que se oculta? No se trata simplemente de yuxtaponer uno a otro los diferentes aspectos estudiados por cada análisis parcial; su suma nunca nos presentaría su totalidad. El problema es colocar esta línea de investigación en la confluencia de diferentes entrelazamientos de las disciplinas, con la conciencia de que permaneciendo en el interior del tradicional estatuto científico de la historia, difícilmente se lograría dar luz a esa “zona gris”, oscilando entre dos posiciones opuestas y desarmadas en su investigación: por una parte Eric Hobsbawm y sus naciones totalmente “inventadas” y construidas en la época contemporánea, por otra parte Anthony Smith, con sus naciones cuyos fundamentos étnicos huyen de las pretensiones cognoscitivas racionales de la historia para hundir sus raíces en una naturalidad biológica fuera de la historia. [1]

Detengámonos en este sentido en la década de los noventa del siglo pasado, cuando —simultáneamente con la transición entre la Primera y la Segunda República— los historiadores italianos empezaron a cuestionarse sobre la patria y la identidad. De hecho los análisis y referencias relacionadas con los temas de la patria, patriotismo, identidad y pertenencia nacional tenían, hasta mediados de los ochenta, poca presencia en el panorama cultural, que privilegiaba en cambio, la discusión sobre la sociedad civil, las clases sociales y de cada sujeto colectivo. Muchísimo, además, se decía y estudiaba sobre la relación entre la sociedad civil y la política.[2] Por tanto, solo a partir de la última década del siglo XX fue cuando en la “gran arena” de la utilización pública de la historia,

encontramos una entrada masiva de las telemáticas y de los recorridos cognoscitivos relacionados con la identidad nacional. Era el momento en el que la corriente “legista” parecía materializar el riesgo de “dejar de ser una nación”.

Sería oportuno a este propósito, antes que nada, recordar que el problema de la identidad nacional se plantea cuando existe una crisis entre sus actores políticos, y que su construcción no descansa ya en rieles pre-construidos. Cada vez que a lo largo de nuestra historia se ha presentado una exigencia de este tipo, siempre se ha tratado de elegir entre una o más posibles soluciones alternativas. En este sentido, al inicio de la década de los noventa, la Liga del Norte no negaba la identidad nacional, simplemente proponía una nueva y específica, en muchos sentidos diferente a los varios modelos que se habían alternado en otros ámbitos políticos. En general, se puede decir que en nuestro país la adquisición de una identidad nacional continuó coexistiendo con múltiples sentidos de pertenencia, con otras identidades locales y regionales no residuales, así como con múltiples formas de lealtad hacia la familia, el clan y a los grupos de seudoparentela; normalmente esta coexistencia nunca representó un problema para la soberanía del Estado, pues incluía realidades culturales (en ocasiones lingüísticas) relacionadas con formas específicas de autonomía local privadas de una relevancia política significativa; la disolución de dichas forma de pertenencia en un procesos de “integración de la masa del pueblo en una forma política común”, es un proyecto totalmente definido por la artificialidad política, por la tensión hacia la institución de “un gran orden artificial” que sustituye integralmente al precedente orden “natural” fundado con base en la “tierra y la sangre”. La realidad esencialmente política y electiva de la identidad nacional nos obliga, por tanto, a referir su crisis y sus ofuscamientos no únicamente a un fondo “etnicista y naturalista”, sino directamente a la capacidad del Estado y de los demás sujetos políticos e institucionales para legitimarse en su propio papel como “constructores” de una identidad entendida como “relativa uniformidad de comportamientos y de valores”.^[3]

En la historia italiana la complementariedad local, regional y nacional fue la solución adoptada, autónomamente desde abajo, para atender a las carencias de la “artificialidad” estatal; de hecho estas identidades locales originarias han sobrevivido con espontánea vitalidad, no proponiéndose como una alternativa al Estado unitario, sino subrayando sus límites para iniciar un eficaz proceso de integración; por tanto, en cada ocasión que se ha registrado una insurgencia regionalista, lo que emergió no fue tanto “el riesgo de dejar de ser una nación”,^[4] sino un déficit de acción política, la necesidad de una modificación radical y profunda en nuestro sistema político. Así fue

en 1922, cuando la transición al fascismo marcó el primer fracaso del intento de construir, desde lo alto por lo menos, las coordenadas unitarias de una existencia colectiva de los italianos.

El Estado liberal

El Estado liberal para sobrevivir requirió una base de consenso y de legitimización más amplia de la que fue garantizada por la raquíta participación popular en el proceso del Resurgimiento. Sin embargo existía una especie de falla genética en la forma en la que se llegó a la unidad nacional, una profunda deficiencia hacia cualquier forma de apertura hacia abajo, una imposibilidad para acelerar los procesos de integración que inevitablemente habrían implicado un incremento de la participación democrática y de la masificación de la política. Eran insuficientes los prefectos, el ejército, la escuela y las estructuras represivas para “crear a los italianos”. Se necesitaba algo más en el sector de la cultura y, sobre todo, en el de la política, para encontrar ideas-fuerza capaces de hacer sentir a todos “como parte de una ley común”, titulares de una ciudadanía activa y no pasiva. Y, en cambio, precisamente en el terreno estratégicamente decisivo de la política, no se supo encontrar nada mejor que la práctica transformista. Ciertamente el transformismo fue esencialmente una técnica parlamentaria, el “camino maestro para defender las posiciones de poder adquirido”, aprovechando la habilidad para apropiarse de los temas y de las palabras de los adversarios para vaciarlas de significado.

En el fondo, de cualquier forma, continuaban presentes elementos de marcado pesimismo acerca del “carácter de los italianos”, condenados a proseguir un permanente déficit de integración que en ocasiones generaba un gran “afuera” de la estrecha unión de amplios sectores, geográficos (el sur) o ideológicos (los católicos), del país. Con el transformismo se atenuaba el peso de las intervenciones “rationales” para modificar estas pertenencias “naturales”, simplemente conformándose con desactivar la potencialidad subversiva de su “diversidad”.

Atraídas al “gran centro”, estas identidades separadas no sólo hubieran permanecido como tales, sino que hubieran contado con todo el interés de perpetuarse precisamente para mantener intacto su poder contractual en el interior de la coalición. En este sentido, el transformismo siempre fue elogiado por sus admiradores gracias a su capacidad para atenuar los contrastes, reconstruir en una síntesis de compromiso la dialéctica entre las partes, sofocar las aceleraciones demasiado bruscas del tiempo lentísimo de la política; sin embargo, el precio pagado para

beneficiarse de estas “ventajas” se reflejó totalmente en la dirección de “una sustancial renuncia a la nacionalización de las masas[5] o, en otras palabras, a la afirmación del Estado como principal agente de organización de la sociedad”.

El fascismo

Un régimen totalitario se caracteriza por la tentativa de subsumir en su interior a todo el cuerpo social del país, casi anulando toda solución de continuidad entre el nivel social y el institucional de la vida pública. Respecto a los tradicionales instrumentos de inclusión esta característica implicó una enorme dilatación del papel del Estado y la irrupción de la ideología en el proyecto de “crear a los italianos”.

El asentamiento del papel del Estado en la organización de la vida pública fue parcialmente común a los demás países industrializados, una especie de transición obligada hacia la modernización de la política constituida por la extensión nacional de la red de los controles higiénicos, sanitarios, escolares, fiscales, militares, y, particularmente después de la crisis del 29, a partir del incremento del gasto público en función de la regulación del ciclo económico.

En la estabilización de la vida pública se conjugaron instrumentos completamente nuevos, específicos del fascismo y de los otros regímenes totalitarios: el culto de un único jefe militarista (las formaciones oceánicas por los comicios de Mussolini, en el caso italiano); la utilización máxima y cautelosa de los instrumentos propagandísticos ofrecidos por los medios de comunicación masiva (el cine, la radio, la fotografía, la prensa); una organización policiaca cada vez más represora y ampliamente difundida en todo el territorio nacional. La ideología totalitaria impuesta como un cuerpo oficial de doctrina que necesariamente debía de ser obedecida, presuponiendo la adhesión al menos pasiva de cada individuo, de hecho requirió el uso de las más refinadas técnicas del condicionamiento masivo y no sólo las propias del aparato burocrático del control; y por otra parte, la existencia de un partido único guiado por el dictador necesitaba de instrumentos de movilización y de integración, posibles sólo con la concentración monopolizada de todos los medios de comunicación, y con disposición del desarrollo de las más sofisticadas tecnologías modernas.

Se dio un proceso de fascistización de los italianos. El Partido Nacional Fascista (PNF), el partido único, fue el instrumento del régimen para realizar esta tarea y también fue el instrumento que purificó los límites de un proyecto que tendía a unificar a nivel institucional todo aquello que se pretendía mantener dividido en el terreno social. “Cada quien en su lugar” fue el principio adoptado para garantizar un inmovilismo general y para permitir que se perpetuara un sistema político compacto, consolidado y rígidamente jerarquizado.

Los mecanismos de inclusión dirigidos por el fascismo demostraron sus límites. La estratificación de la sociedad en compartimentos herméticos era funcional para la conservación del *status quo* interesado en frenar el proceso de inclusión. En el interior del partido único se absorbían grupos sociológicamente identificados (en su mayoría de clase media), profesionalmente homogéneos, recíprocamente distintos, encerrados en una rígida jaula corporativa que eliminaba la libre circulación de las ideas, la confrontación de las diferentes posiciones culturales y políticas, truncando bajo el peso de estructuras desmesuradas y burocráticas cualquier proyecto de “pedagogía masiva”. De esta forma la relación entre inclusión y exclusión asumió una configuración completamente inédita en la historia de Italia.

Teóricamente todos los italianos eran fascistas pero al ser todos partícipes de la única “religión civil”, de un único aparato institucional y propagandístico, transportó al interior de estos grandes contenedores las fragmentaciones y separaciones, sin disolverlas, dejándolas intactas. Además, por otra parte, la caracterización inédita en sentido ideológico de los instrumentos de la inclusión también repercutió en los mecanismos de la exclusión. De esta forma fueron sus opositores políticos, los antifascistas, quienes experimentaron la dimensión más radical y extrema de la exclusión, aquella relacionada con la cárcel, el confinamiento, el exilio. Tocó de manera particular a los judíos evidenciar el fondo de terror y de violencia del proyecto fascista de “crear a los italianos”. En las leyes raciales estaba presente el racismo, el delirio de una connotación biológica de la identidad nacional, pero no estaba presente la historia italiana, y sobre todo no estaba presente la forma en la que los italianos se habían convertido en una “nación”. En el proceso de unificación nacional los judíos fueron protagonistas en un primer plano.

Y hasta 1938 en muchos judíos prevaleció el orgullo de sentirse italianos por encima de cualquier otro tipo de sentido de “pertenencia”, incluso religiosa. La integración plena alcanzada durante el Resurgimiento y la Primera

Guerra Mundial llevó a la comunidad judía a madurar los rasgos de una “italianidad” donde el patriotismo se conjugaba con otros valores, laicos, y con una serie de certidumbres culturales y sociales típicas de la burguesía laboral. Al excluirlos de la ciudadanía se infringió una herida sangrienta a la idea de patria como cosa común.

La Segunda Guerra Mundial

En ámbitos completamente diferentes de los definidos por el proyecto totalitario del fascismo, los italianos experimentaron otro mecanismo particular de inclusión, cuando inició la Segunda Guerra Mundial. Ahí se marcaron las coordenadas de una existencia colectiva alimentada por una percepción subjetiva y común de la realidad a la vez que se practicaban los mismos comportamientos. Durante el periodo que va de 1939 a 1945 la cotidianidad de la guerra fue experimentada con extraordinaria uniformidad en los diferentes contextos (“bajo” los aliados o “bajo” los alemanes, en el “Reino del Sur” como en la “República de Saló”), dejando que se filtrara una comunión de sensaciones, tal que sugería la posibilidad de agregar en el plano de los sentimientos y de los comportamientos todo aquello que había sido fragmentado geográfica, política y socialmente. Para todos fue una “época de guerra”, un tiempo definido por la cíclica repetición de comportamientos confinados, por la anulación de la individualidad de cada día en una obsesiva repetitividad en cuyo interior todos los días eran iguales y todos eran igualmente aplastados en un presente cargado de angustia. Además del tiempo, también la percepción del espacio, del hambre, del miedo, el deseo de vivir, puede asumirse como otros indicadores de aquella homogeneidad existencial inédita. Todos estos mecanismos de inclusión estaban estrechamente relacionados con la vivencia compartida y excepcional de la guerra total, y habrían sobrevivido a la particularidad de las condiciones que los accionaron.

Sin embargo, más dolorosas y dramáticas fueron las dimensiones asumidas por la exclusión y la separación. De 1943 a 1945 los italianos experimentaron las más devastadoras rupturas de su historia nacional: la desintegración de la unidad de su Estado y la ocupación del territorio nacional por parte de ejércitos extranjeros, y la guerra civil. Un balance trágicamente fallido para un fascismo que desplegó todas sus energías en la “nacionalización de los italianos”.

La guerra civil fue como un río crecido que llevó al valle una avalancha de desechos (venganzas personales, conflictos familiares, conflictos sociales de larga duración, iniciativas sangrantes con elementos criminales); no

obstante ese superávit de violencia, y precisamente durante esos veinte meses, con la resistencia entraron en acción nuevos, extraordinarios mecanismos de inclusión.

Para los partidos antifascistas, fuera de la ley del régimen totalitario, de hecho la lucha partisana contra la ocupación nazi y contra la República de Saló fue una prueba durísima, capaz de seleccionar a nuevos hombres, y legitimizándose al hacer frente victoriosamente a una emergencia dramática. Fue una época extraordinaria que devolvió a nuestro país la libertad y la democracia, asociando el impulso y la movilización política que animaron la lucha de liberación en una renovada identidad nacional: ya no la fascistización y la nacionalización desde arriba, sino la conciencia de vivir una fase “constitutiva” de la historia mundial, que a partir de esa guerra sin precedentes podía y debía nacer una nueva Italia, aunque fuera sólo para dar sentido a las ruinas y a los lutos.

La Italia republicana y los partidos de masa

Cuando el proyecto de construcción de la identidad nacional descansó en la Italia republicana, la tarea fue desarrollada por los grandes partidos de masa, en los cuales la ideología se empleó para desarraigar a los sujetos de los nichos particularistas, reformulándose una coordinación unitaria reconocible. Existen ejemplos del proceder del Partido Comunista y de la dimensión pedagógica de su política, gracias a las cuales el bracero de Cerignola y el obrero de Borgo San Paolo de Turín, que ni siquiera se entenderían si se hubieran comunicado en dialecto, se encontraban unidos bajo el mito de Stalin y de la revolución. Desde este punto de vista, tanto la Democracia Cristiana como el Partido Comunista, cada uno desde su propio punto de vista, obviamente, alimentaron dos tipos de “religión civil” que no fueron optativas para la adquisición del sentido de Estado, sino propedéuticas: esta fue la primera alfabetización de nacionalización desde abajo que nuestro país ha conocido.^[6] Cuando nos quejamos del déficit de unidad nacional imputándola a este pasado reciente, yo más bien volcaría los términos de la cuestión: en las secciones del Partido Comunista o en los oratorios o lugares de reunión de los católicos se experimentaba algo que quebrantaba la dimensión familiar a que se refirió Ginsborg;^[7] de hecho la dimensión de la política lograba romper las pertenencias, de alguna forma lograba reformular una identidad que no era la del mezquino particularismo industrial. Claro que en este recorrido había una fuerte concepción pedagógica de la política, se puede decir que era una pedagogía impositiva, autoritaria; sin embargo existía un proyecto, repito, propedéutico para la construcción de una identidad nacional.

La Segunda República. La derecha y su propuesta de identidad

Con la disolución de la Primera República, y el florecer de una propuesta secesionista como la de la Liga de Umberto Bossi, aflora una idea de “patria común” sorprendentemente semejante a todo aquello que floreció, en Alemania del Este, a lo largo de la repentina transición del slogan “somos solo un pueblo” (*ein Volk*) al de “somos el pueblo” (*das Volk*): “se leía (escribe Rusconi) como una solicitud política calificada de nación, pero que era algo más ingenuo y al mismo tiempo más instrumental: deseo de libertad y de bienestar para compartirlo entre todos los alemanes juntos, la nación–*Volk* como atajo para gozar del paquete democracia–bienestar”.^[8] Y éste es exactamente el modelo en el que se inspira actualmente la izquierda italiana, en la construcción de una identidad basada en una estrechísima coincidencia entre valores e intereses materiales.

Por primera vez los procesos de integración no son afrontados en el interior de “parcialidades” programáticas, como lo fue para los partidos de masas que se afirmaron en la segunda posguerra (titulares de territorios definidos por subculturas específicas), o de mediaciones ideológicas, como lo fue para el fascismo; la derecha se refiere, de hecho, directamente a los dos elementos más fuertes de agregación que nunca haya experimentado este país durante un siglo de historia unitaria: la unificación del mercado nacional de la fuerza de trabajo, que se convirtió en un hecho concreto en los años sesenta, y la carrera al bienestar difundido (por un sistema de *welfare* que protegía de cualquier riesgo) que tuvo lugar en los años ochenta. Hoy, en el interior del universo social se hace referencia a la derecha; los objetos deseados y adquiridos son símbolo de una identidad construida persiguiendo necesidades y deseos profundos, también señales enviadas a los demás para dar testimonio de haber alcanzado un estatus, sellar un proceso “de identificación deseada y fuerte con aquellos que hacen las mismas cosas”.

[1] Es el sentido de dos clásicos como Anthony D. Smith, *Le origini etniche delle nazioni*, Bolonia, Il Mulino, 1992, y Eric Hobsbawm, T. Ranger, *L'invenzione della tradizione*, Turín, Einaudi, 1989.

[2] Entre los títulos de entonces vale la pena recordar A. Gambino, *Il mito della politica*, Bolonia, Il Mulino, 1993; P. Barcellona, *Lo spazio della politica*, Roma, Editori Riuniti, 1993; S. Lanaro, *Storia dell'Italia repubblicana*, Venecia,

Marsilio, 1992; S. Soldani y G. Turi (eds.), *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 1993.

[3] Para esta interpretación véase G. de Luna, "La Lega e il progetto di 'fare gli italiani'", en *Figli di un benessere minori*, Florencia, La Nuova Italia, 1994.

[4] G. E. Rusconi, *Se cessiamo di essere nazione*, Bologna, Il Mulino, 1993.

[5] G. Carocci, *Il transformismo dall'Unitá a oggi*, Milán, Unicopli, 1992.

[6] P. Scoppola, *La repubblica dei partiti*, Bologna, Il Mulino, 1991.

[7] P. Ginsborg, *Storia dell'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, Einaudi, 1989.

[8] G. E. Rusconi, *Introduzione a W. Lepenies, Conseguenze di un evento inaudito. I tedeschi dopo l'unificazione*, Bologna, Il Mulino, 1993.

Tags:

[Expediente H](#)

[Nación y nacionalismo](#)

[identidades](#)

[políticas y estrategias para hacer nación](#)

[bienestar](#)

[mercado e identidad.](#)